
LA AMENAZA SOVIETICA

Enrique Gomáriz



Si hay algún elemento que identifica con claridad el deterioro de la distensión en los años setenta, éste es la *guerra de palabras* que desarrollan, día a día, las dos superpotencias. Ya se ha dicho que, en los tres primeros años de esta década, Estados Unidos y la URSS han gastado más volumen de papel (reproduciendo discursos, folletos, etc.) en hacerse acusaciones mutuas, que en toda la década anterior.

En esos ríos de tinta, naturalmente, unos y otros tratan de mostrar cómo el contrario pone en peligro la paz y constituye una verdadera amenaza. La consecuencia más perceptible que tiene esta situación en la opinión pública es doble: en unos casos, los ciudadanos optan por desconfiar cada vez más de las dos fuentes

de información; en otros, se consigue hacer pensar a los ciudadanos de cada lado que la potencia opuesta es la realmente amenazante. En ambos casos aumenta el índice de inquietud (como lo prueban las encuestas realizadas en Europa y Estados Unidos durante los tres años pasados).

En cuanto a los habitantes de Europa Occidental —sobre los que cae el peso fundamental de las dos propagandas— el supuesto más extendido es el de la ame-

Una particular tendencia a exagerar la amenaza soviética está representada por el «síndrome francés».

naza soviética. Y ello por algo más que por argucias declaratorias. A mi juicio, existen al menos tres razones para examinar la cuestión de la amenaza soviética: 1) como podría sucederle a un nicaragüense con Estados Unidos, es evidente que el grado de amenaza guarda una simple relación con la proximidad geográfica; 2) que en el caso de Europa se fortalece con una experiencia histórica: Europa Occidental ha sido —desde la conclusión de la guerra— el *rehén* soviético ante la superioridad nuclear norteamericana, y 3) ante el aumento de la preocupación por la paz en Europa, no sólo los sectores conservadores, sino algunos sectores de izquierda (socialistas franceses, por ejemplo, y, especialmente, los ex estalinistas) encuentran en la amenaza soviética el argumento decisivo para rechazar las políticas pacifistas.

Ciertamente, a la hora de evaluar esa amenaza es cuando surgen las diferencias de criterio. Además de los folletos del Kremlin o del Departamento de Estado, sectores menos interesados emiten discursos en donde es posible identificar una tendencia a exagerar o minimizar tal amenaza. Antes de intentar una evaluación ajustada de esta cuestión, puede ser útil exponer los ejemplos más comunes de extrapolación en ambos sentidos.

Una particular tendencia a exagerar la amenaza soviética está representada por lo que llamaría el *síndrome francés*, un fenómeno que afecta en mayor medida a la derecha y los ámbitos militares conservadores, pero del que no está libre la izquierda en el poder. Se trata de buscar en la exageración de la amenaza soviética un apoyo de orden conservador a los deseos de independencia francesa frente a los americanos. De Gaulle se encargó de

establecer esa autonomía, a partir de un juicio —quizá acertado— sobre el papel que jugaba Europa en las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética:

llegado el caso, Washington podía negociar con Moscú la suerte de sus protegidos europeos, a partir de la consideración como santuario del territorio de ambas superpotencias. Al hacerlo por la derecha, esta actitud se recubría bien con alguna alusión a la amenaza soviética. De Gaulle las hizo, pero sus seguidores y epígonos han llevado esta orientación mucho más allá. De hecho, los altos mandos americanos destinados a la OTAN se ven obligados, con frecuencia, a desmentir las afirmaciones francesas sobre la extrema supremacía de la URSS.

Por el otro lado, la minimización de la amenaza soviética se encuentra en parte de los pacifistas que se reclaman partidarios del desarme unilateral. No creo que merezca la pena detenerse en las razones de los sectores prosoviéticos, tanto en el caso de los que excluyen toda posibilidad de agresión soviética, porque sería antinatural en «la patria del socialismo», como aquellos que creen que el problema es que los tanques rusos se detuvieron en Praga y no siguieron hasta Lisboa. Afortunadamente, tales sectores son abrumadoramente minoritarios.

Creo, por el contrario, que sí resulta útil detenerse en el comentario de una idea que funciona como reaseguro de los unilateralistas a ultranza. Se trata de esa tesis que, una vez pasados todos los posibles riesgos, argumenta: «*mejor soviéticos que muertos*». Como se sabe, estamos ante la posición *derrotista* del pacifismo. Porque, ciertamente, si estuviéramos forzados a elegir, es la muerte la que liquida todas las esperanzas, pero de lo que se trata es de no situarnos nunca ante esa alternativa, sino de eliminar la amenaza de destrucción sin poner en peligro la libertad (con la satelización y/o la

instauración del sistema de partido único). Naturalmente, el rechazo de la posición derrotista tiene implicaciones a la hora de diseñar la política pacifista: ya no existe reaseguro en la fórmula unilateral.

El potencial bélico de la URSS

Con mucha frecuencia, los análisis sobre la amenaza soviética tienen dos aspectos: a) el papel que juega la URSS en la carrera de armamentos y, de forma más general, su potencial bélico —nuclear y convencional— como muestra más concreta de la amenaza que ejerce sobre Europa, y b) la disposición económica, política e ideológica del propio sistema soviético, cuya lectura puede entregarnos datos sobre el carácter general de esa amenaza. Es evidente la relación estrecha que tienen ambos elementos, pero no siempre

se presentan juntos en las evaluaciones. Por eso prefiero examinarlos de forma independiente, aunque sea necesario comentar la relación en el curso del análisis.

Acerca del potencial bélico, los periódicos reproducen cada vez más insistentemente los resultados de los Institutos de polemología, así como las afirmaciones de cada lado (en Occidente muy pocos diarios recogen las del lado soviético, en el Este ninguno muestra las del lado Occidental). En todo caso, la idea que se extiende entre nosotros es que, en cuanto a las armas nucleares, ambas potencias mantienen un relativo equilibrio, y, en el terreno convencional, la URSS tiene —respecto al escenario europeo— una considerable ventaja. Se trata de una imagen que aquí examinaré brevemente (sobre esta cuestión he escrito más extensamente en el número 6 de la revista *Mayo*).

En cuanto al armamento nuclear, hay que medir los tres niveles, intercontinental, de teatro y táctico, aunque las comparaciones no sean siempre sencillas, ya que

cada fuente (OTAN, *Military Balance*, SIPRI, *Scientific American*, etc.) tiene lectura distintas. No obstante, los expertos militares establecen como medida más eficaz para medir el poder nuclear la cantidad de cabezas nucleares que un país puede lanzar sobre otro. En el caso de las cabezas nucleares estratégicas existe una forma de hacer la comparación: aceptar el recuento mutuo que hacen las dos superpotencias cuando negocian este tipo de armas. Como se sabe, a la firma del Tratado SALT II, los Estados Unidos tenían 9.994 cabezas y la URSS 4.950, es decir, dos por uno. Una clara muestra del atraso tecnológico soviético. El SALT II buscaba un freno equilibrado en la carrera, y así se le permitió a la URSS acortar distancias subiendo hasta 10.000 su número de cabezas y se estableció el techo norteamericano en torno a las 13.000. En el pasado *Military Balance* (1982-83), se

**La minimización de la amenaza
soviética se encuentra
en parte de los pacifistas
que se reclaman partidarios
del desarme unilateral.**

muestra cómo ha descendido el nivel americano (9.268) y ascendido el soviético (7.300). Pero este descenso guarda relación con la retirada de los submarinos Po-

laris, para ser sustituidos por los Trident. El reequilibrio en la potencia naval estratégica americana y la instalación de los nuevos MX hace pensar que, tanto en número como en calidad, los Estados Unidos seguirán por delante de la URSS a menos que Moscú se lance a un esfuerzo presupuestario extraordinario.

En cuanto a las armas de teatro, la idea es que existe una superioridad notable en misiles tierra-tierra de parte soviética (los famosos SS-4, SS-5 y SS-6), algo que es completamente cierto. Pero cabe preguntarse si, además de los 162 misiles británicos y franceses con capacidad para afectar territorio soviético, hay que incluir en la comparación los *medios nucleares avanzados* que Estados Unidos mantiene sobre Europa. De acuerdo con las últimas declaraciones norteamericanas (del vicepresidente Bush acerca de los misiles británicos y franceses, y del presidente Reagan

sobre la inclusión de los cazabombarderos avanzados en Europa), parece sensato hacerlo. En la evaluación global, si medimos de nuevo en cabezas nucleares, la superioridad pertenece a los Estados Unidos. En la comparación hecha, según estos parámetros, por el *Scientific American* de enero de este año, Estados Unidos alcanza las 5.060 cabezas de teatro y la URSS 3.599 (de las que 900 pertenecen a los 300 SS-20, 35 a los correspondientes SS-5 y 315 al mismo número de SS-4). Se calcula que los dos tercios de las cabezas USA están sobre el escenario europeo. Este es el argumento, no por cierto débil, que, junto al hecho de que los Pershing no alcanzarían a los SS-20, sirve de base a los analistas y mandatarios europeos para afirmar que la instalación de los euromisiles tiene ante todo un contenido político más que militar. Aunque, visto del otro lado, el hecho de que la llave de lanzamiento esté *de forma exclusiva* en manos norteamericanas, deja en difícil situación a los soviéticos: para ellos, Estados Unidos instala en Europa unos misiles que pueden afectar territorio soviético, como los intercontinentales, pero en un tercio menos de tiempo.

Sobre las armas nucleares tácticas la discusión es menor. Las fuentes Occidentales aceptan la superioridad de la OTAN en razón a que es necesario establecer una cortina protectora contra las fuerzas convencionales soviéticas, que se entienden muy superiores (en la comparación por cabezas nucleares del *Scientific American*, Estados Unidos tiene 5.550 cabezas por 1.010 los soviéticos).

La conclusión que se obtiene respecto del armamento nuclear es que el equilibrio entre ambas potencias *es acentuadamente relativo*. Si lo que quiere afirmarse es que la Unión Soviética alcanzó —durante los

sesenta— la capacidad de responder —o atacar— a los Estados Unidos en la perspectiva de la destrucción recíproca (*second-strike capability*), eso es algo completa-

mente cierto. Pero este hecho no oculta la superioridad nuclear norteamericana ni su mayor capacidad tecnológica que, como es conocido, ha dado un tirón desde el acceso de Reagan al poder de imprevisibles consecuencias en el inmediato futuro. Polemólogos fuera de toda sospecha apuntan la posibilidad de que al final de la década la brecha a favor de los norteamericanos tenga consecuencias estratégicas. Naturalmente, para ello la carrera norteamericana tiene que continuar como estos últimos tres años, lo cual no es tan seguro, y la URSS tiene que permitir esa brecha, lo que tampoco es seguro, a pesar del costo económico que eso representaría. (Como se sabe, dado el PIB dos veces y medio menor de la URSS, ésta debe gastar el 16 por cien para alcanzar el 6,5 norteamericano).

En estas condiciones, resultan lógicos los resultados de la famosa encuesta del *New Yorker* realizada entre expertos y políticos norteamericanos (también a Reagan). Preguntados si, dada la paridad-superioridad nuclear soviética, estarían dispuestos a cambiar el dispositivo nuclear soviético por el norteamericano, *ninguno* de los consultados aceptó el cambio. Ni siquiera los más enfáticos acerca de la inferioridad norteamericana. (*New Yorker*, 7 de junio de 1982).

No obstante, cabe aún preguntarse, incluso aceptando la superioridad norteamericana, si la Unión Soviética no trata de llevar la iniciativa en la producción de ingenios nucleares (lo que sería un índice de agresividad). Es cierto que los gastos y la producción de armas nucleares no siguen exactamente un desarrollo paralelo en ambas superpotencias (mientras Estados Unidos se dedicaba a Vietnam, los soviéticos se esforzaron en las armas es-

tratégicas). Pero es igualmente cierto que los soviéticos han llevado un retraso temporal que ha oscilado entre el lustro y la década, desde que en 1945 los Estados

La conclusión que se obtiene respecto del armamento nuclear es que el equilibrio entre ambas potencias es acentuadamente relativo.

Unidos utilizaron contra Japón la primera bomba atómica (ver *The Soviet Union and the arms race*, de David Holloway, Yale University Press, New Harm and

**Desde mediados de los setenta
las dificultades económicas
están afectando
la defensa convencional
de la URSS.**

Sondou, 1983, pág. 178). Puede afirmarse que, excepto el adelanto en la puesta en órbita de satélites, la URSS ha estado por detrás en el resto (bombarderos estratégicos, submarinos nucleares, misiles intercontinentales, ojivos de entrada múltiple contra objetivos diferentes). Este atraso, puesto de manifiesto por los propios dirigentes norteamericanos, no demuestra que los soviéticos no hubieran llevado la delantera si su tecnología se lo hubiera permitido, pero, desde luego, no es una prueba útil sobre la agresividad soviética (¿cabe preguntarse si lo es de la agresividad norteamericana?).

Ahora bien, de lo anterior no cabe deducir que la URSS actúa como el paladín del desarme. En realidad, una vez que tuvieron que aceptar el hecho nuclear, se dieron cuenta del uso político que de él podía hacerse. En efecto, podría suponerse que, al acabar la guerra, a los soviéticos les hubiera interesado que las armas no traspasaran los límites convencionales, porque así la capacidad de mantener a Europa Occidental como rehén hubiera sido mucho mayor. Pero cuando en los cincuenta tuvieron posibilidades de respuesta nuclear efectiva, y en los sesenta desarrollaron su capacidad en respuesta estratégica, fue un hecho que esa paridad destructiva era —como se afirma en la disidencia soviética— el billete que le permitía tomar el tren de las superpotencias. Un tren que —al contrario de lo pronosticado por Kruchev— iba perdiendo en toda una serie de indicadores económicos y técnicos. Por esa razón, la propaganda soviética no se vuelca sobre la eliminación de la mutua disuasión (el equilibrio del terror), sino sobre la necesidad de poner techos a la carrera armamentista *que le permitan la paridad* sin tener que perder el resuello en una persecución infinita,

puesto que nada advierte que la brecha tecnológica vaya a disminuir. Por el contrario, una URSS con capacidad de respuesta en la perspectiva de la destrucción

mutua ofrece el espejismo de aparecer como una superpotencia en todo orden de cosas.

Cuando lo cierto es que, desde mediados de los setenta, las dificultades económicas están afectando incluso a su defensa convencional. Ahora bien, en el terreno de las armas convencionales existe en Occidente una imagen al parecer incuestionable: la completa superioridad de la URSS en el escenario europeo. Tratar de relativizar esa imagen es algo que en ciertos ambientes parece incluso de mala educación. Sin embargo, fue el propio Comandante en Jefe de las Fuerzas conjuntas de la OTAN, General Rogers, quien levantó la veda. Como se sabe, en diciembre del pasado año Rogers empezó a reclamar un aumento de la capacidad convencional de la OTAN ante la superioridad soviética. En enero, la prensa de sus aliados europeos había mostrado de forma tan efectiva la debilidad Occidental, que Rogers tuvo que empezar a calmar los ánimos. En marzo, Rogers advertía que no se trataba de una inferioridad Occidental de ese tamaño, puesto que existía «*capacidad efectiva de respuesta por parte de la OTAN*», sino que el objetivo era «*reajustar el equilibrio*».

¿Cuáles son los datos? Veamos un sólo ejemplo: el número de hombres. Ante todo, el hecho de que los Ejércitos de la URSS son bastante numerosos: su Ejército de Tierra tiene 1.825.000 por 982.000 que tiene su homólogo norteamericano (M-B, 1982-83). Así, sumados los Ejércitos completos del Pacto se alcanza la cifra de 2.617.000 hombres. Frente a esta cifra, ¿*qué fuerzas oponer?* Caben varias opciones: oponer las fuerzas integradas en el Comando OTAN, o la suma de los Ejércitos de los países que pertenecen a la Alian-

za. Ciertamente, sacar al Ejército francés del recuento no sería aceptable para el Estado de la V República, que se ha comprometido en una Alianza defensiva y se supone que cumpliría con sus compromisos. En suma, los Ejércitos de Estados Unidos, Noruega, Dinamarca, Canadá, Portugal, Bélgica, Holanda, Grecia, Inglaterra, España, Italia, Francia, RFA y Turquía suponen la cifra de 3.172.000 hombres (siempre según M-B, 1982-83). Pero, naturalmente, lo que nos interesa a los europeos es hacer el recuento de las fuerzas *en Europa*. Los soviéticos protestarían porque aseguran que, según el Pentágono, Estados Unidos puede trasladar diariamente por aire a Europa unos 15.000 efectivos y 8.000 toneladas de material. Y recuerdan aún las palabras de Schlesinger, cuando en 1973 dijo ante el Comité de Defensa del Senado: «*Utilizando el puente aéreo podemos trasladar las*

tropas con mucha rapidez en varios sentidos con una rapidez considerablemente mayor de lo que podrá la Unión Soviética, cuyo territorio se encuentra más cerca...

Posiblemente, las dificultades relacionadas con el traslado de tropas son menos significativas para nosotros que para nuestros eventuales enemigos». (Senate Armed Services Committee. June 18, 1973. Washington, 1973, pág. 96).

Pero dejemos que protesten los rusos y hablemos de las fuerzas en tierra que hay en Europa. Si descontamos el Ejército norteamericano, son 2.190.000 (sin sumar los americanos en suelo europeo) los efectivos de los países integrados en la Alianza. Ahora bien, cabe preguntarse qué harían los Ejércitos de los países europeos no integrados en la OTAN, Austria, Eire, Suecia, Finlandia, Suiza e incluso Yugoslavia, si en la década de los ochenta se produjera una invasión soviética de Europa Occidental. Porque si a los 130.000 norteamericanos en Europa le sumamos estos Ejércitos (unos 400.000 hombres

más), entonces se produciría la inferioridad numérica del Pacto de Varsovia.

O sea, que el General Rogers tiene razón: los soviéticos no lo tendrían nada fácil en el frente Occidental. ¿Sería excesivo tener en cuenta el hecho de que la URSS tiene más frentes? Porque sumados los enemigos potenciales que rodean al Pacto (Irán, India, China, Japón, etc.) la cifra de soldados se acercaría a siete millones. Quizá sea por esa razón que el M-B (pág. 132) muestra que la OTAN tiene más divisiones dispuestas a actuar sobre la línea (84 con refuerzo de 16) que el Pacto de Varsovia (79 más 8).

La posibilidad de relativizar esa supuesta superioridad de la URSS en el plano convencional alcanza también a otros terrenos (lucha carro-anticarro, fuerzas navales, etc.), pero para no repetir me remito

En Occidente existe una imagen incuestionable: la superioridad de la URSS en armas convencionales.

al texto publicado en *Mayo* (n.º 6, marzo 1983). Lo que aquí me interesa retener es que, en el ejemplo usado con más frecuencia para advertir de la superioridad

soviética (la cantidad de tropas), la imagen no se sostiene fácilmente con fuentes exclusivamente Occidentales en la mano.

Es decir, una primera conclusión puede establecer: *el estudio de la correlación de fuerzas militares entre ambos bloques no conduce, sin obstáculos analíticos considerables, a la idea de que la amenaza soviética procede de su evidente superioridad militar*. La URSS puede ejercer un ataque nuclear de consecuencias difíciles de medir sobre Occidente, recibiendo una respuesta también incalculable. Y, en el terreno convencional (sobre la hipótesis de que sólo se alcanzará un nivel nuclear táctico, no aceptada por todos los análisis), el ataque sobre Europa Occidental tendría asimismo una respuesta de proporciones similares. Es decir, no hay ningún cálculo militar ajustado que permita pensar en una penetración soviética importante, apoyada por grandes masas (entre otras

razones porque eso necesitaría de una preparación logística hoy completamente perceptible). Quizá por esa causa la discusión convencional soviética parece que está pasando a la preparación de contingentes menores de rápida penetración, en la perspectiva de la negociación posterior. Este horizonte militar conduce a una segunda conclusión: *el riesgo bélico es lo suficientemente alto como para que sean necesarias unas muy poderosas razones políticas que fundamenten una actuación agresiva*. Tales razones políticas habrían de proceder, en todo caso, de la naturaleza del sistema soviético y su actual situación.

El sistema soviético como amenaza

No es necesario —a estas alturas de siglo— una discusión académica sobre el carácter del Estado soviético para acceder a unas premisas mínimas; se trata de un sistema de dictadura política que, partiendo de la ausencia de democracia en sus orígenes, ha caminado en el sentido contrario de lo que se entiende por democracia socialista: profundización de la democracia en todos los órdenes de la vida social. Pero que, al mismo tiempo, ha pasado de ser una sociedad campesina a una sociedad masivamente industrializada donde, además de la burocracia política y administrativa, existe una *intelligentzia* tan numerosa como en otros países occidentales (no ligada a la propiedad privada, por lo demás) junto a las clases trabajadoras urbanas (industrial y de servicios) y del campo. Es decir, una sociedad cuyas relaciones interpersonales exigen no sólo un cierto nivel de vida, sino unas libertades públicas que chocan con la situación de dictadura política. No es por casualidad que el desarrollo ampliado de la disidencia se inicia con la maduración industrial de fines de los sesenta y principios de los setenta.

El riesgo bélico hace necesarias unas muy poderosas razones políticas que fundamenten una actuación agresiva.

Este Estado de dictadura ha respondido, desde Stalin, a los intereses de los nuevos grupos dominantes, que, durante el desarrollo industrial, ha permitido la participación en el excedente de amplios sectores de la *intelligentzia* y de los sectores punta industriales.

Pues bien, desde esta situación interna se ha elaborado la política exterior y de defensa de la URSS.

Ciertamente no es correcto entender esas políticas como una simple prolongación o emanación histórica del imperio zarista. Como afirma Fernando Claudín, el reparto de Yalta respondió «*de un lado, a la lógica del imperialismo capitalista, bajo la hegemonía americana, y, de otro lado, a la lógica del nuevo imperialismo, el imperialismo soviético, que hacía su entrada en la escena mundial*» (Mayo, n.º 10 y 11). Pero, desde luego, tampoco hay que desconocer que buena parte de las condiciones geopolíticas que preocuparon a los zares siguen preocupando a los dirigentes del Kremlin. Ahora bien, no sólo en un sentido favorable sino desfavorable para la URSS (especialmente después de la ruptura chino-soviética).

Aceptadas estas premisas, que excluyen toda posibilidad de entender la política exterior de la URSS como producto de la «*correcta línea de la patria del socialismo*», ni de los errores de un «*Estado obrero burocráticamente degenerado*», caben dos actitudes: pensar que la amenaza soviética es ilimitada y que cualquier presión pacifista en Occidente supone un peligroso elemento de desequilibrio (de capitulación o guerra), o tratar de justipreciar dicha amenaza, examinando cuidadosamente los espacios que permiten una política pacifista en Occidente, que, en vez de provocar un desequilibrio, juega como

factor de aminora-
miento de la amenaza
soviética.

Estas dos actitudes
no son hipotéticas.
Existen y se manifiestan
cotidianamente.

Ejemplos de ambas son conocidos. La primera lectura es típica de los ex estalinistas y, naturalmente, de toda la derecha. Una exposición clara —aunque un tanto

caricaturesca— de ella ha sido hecha por Octavio Paz en un diario madrileño («Pacifismo y nihilismo», *El País*, jueves 11 de agosto de 1983). La segunda lectura es la característica de Olof Palme y Bruno Kreisky, concretada además en prácticas políticas (¿por casualidad dos representantes de países que no están en la OTAN?).

Uno de los puntos en esta discusión se plantea así: el imperialismo soviético mantiene una permanente política agresiva, como corresponde a un Estado basado en la ideología de la Revolución mundial. Para defender este supuesto es fácil encontrar citas sobre la necesidad de la expansión revolucionaria y ejemplos prácticos de la actuación soviética en política exterior: la represión de los cambios en países satélites (Hungría, Alemania del Este, Checoslovaquia, Polonia), la intervención abierta (Afganistán) y la penetración en el resto del mundo (Sudeste asiático, África y América Latina).

En cuanto a las citas, las hay de dos tipos: las procedentes del período revolucionario y las posteriores, principalmente de Stalin. Las primeras no tenían como contenido —cualquier historiador lo sabe— el avance de los Ejércitos de la Rusia revolucionaria, sino el éxito de las revoluciones en el mundo y fundamentalmente las europeas. Las segundas necesitan de un examen más detenido. En primer lugar, se plantea un problema de fiabilidad. En la URSS estaliniana las declaraciones ideológicas y la realidad rompen todo nexo posible. Y, además, cambian sin mucha dificultad. La ideología del Tercer Período fue sustituida a golpe de silbato por la de los Frentes Populares.

Sin embargo, la realidad de la política exterior era y es otra. La defensa contra

Las coordenadas geopolíticas de la URSS quedan establecidas en la primera mitad de los cincuenta.

Hitler pasó primero por el intento de un acuerdo y después por una guerra sin cuartel, cuyos objetivos no eran sólo liquidar al nazismo en su cuna, sino extender los

límites de seguridad del imperio hasta Europa Central. Después, conforme el escenario mundial se aclaraba al acabar la Segunda Guerra Mundial, el realismo —defensista, según soviétólogos reconocidos— de Stalin le hizo llegar al acuerdo de Yalta.

En el tiempo del reparto de Yalta, ¿cuál era el trasfondo militar? El conflicto interimperialista continuaba en Asia, los Estados Unidos tenían la bomba atómica y Stalin la amenaza de atacar Europa (el planteamiento de Europa Occidental como rehén). En esta época es cuando las expresiones de Stalin de extender la revolución socialista por el mundo se contrastan con su política efectiva: la venta de las situaciones preminentes de los PC de Europa, en algunos casos de forma sangrienta, como en Grecia.

Puede afirmarse que las coordenadas geopolíticas de la URSS quedan establecidas en la primera mitad de los cincuenta (posesión de la bomba atómica, lanzamiento del desarrollo industrial), en donde no es una nota *bene* la desaparición de Stalin. La ideología oficial será ya —por décadas— *la coexistencia pacífica*: Kruchev asegura que la locomotora socialista adelantará al fatigado asno capitalista en la década de los ochenta. Son los tiempos en que el despegue industrial deslumbra a los dirigentes del Kremlin. Poco después, esa ideología oficial tendría una justificación militar con la ruptura chino-soviética.

Pero puede preguntarse: ¿Cómo encaja esa ideología con la actuación efectiva de la URSS en el mundo? Hay que distinguir dos ámbitos: aquellos que corresponden claramente a los acuerdos de Yalta, y los que quedaron al aire de la competen-

cia entre potencias en el resto del mundo. En este último ámbito, Cuba mostró bastante el camino: la vieja tesis de colocarse detrás de los nacionalistas que luchan contra el dominio imperialista de Occidente se mostró claramente útil. Esta táctica se complementó con la de ocupar el espacio que otros dejaban, como sucedió en Africa. Ahora bien, la cuestión es saber si esta actuación muestra una particular agresividad en la política exterior, o simplemente la que corresponde a una potencia más. Porque no pueden existir dos formas de medir la política exterior, y aceptar la actuación norteamericana en América Latina o el Sudeste asiático, como defecto del sistema Occidental, y la de la URSS como muestra de una especial agresividad que debería hacer temblar a los europeos.

Porque lo cierto es que los límites que comprendía el reparto de Yalta se mantienen intactos. La represión soviética en Hungría, Alemania del Este, Checoslovaquia, etc., y la invasión de Afganistán son hechos completamente reprobables —y muchos socialistas practican una política timorata al respecto— pero no muestra más que la URSS no quiere dudas dentro de su *glacis*, acordado en Yalta. Incluso hay que decir que, hacia Europa Occidental, las amenazas veladas o explícitas se han combinado con un cuidado exquisito: el caso austriaco. La historia de Austria desde la Segunda Guerra Mundial es el argumento que a Kreisky le lleva a declarar, siempre que le preguntan sobre el tema, que no cree en una URSS permanentemente tensionada hacia la agresión a Europa.

Una agresión que, desde el punto de vista del apoyo militar, tenía mucho más sentido en tiempos de Stalin que en los ochenta. Desde que acabó la guerra hasta finales de los sesenta, los estrategas del Kremlin podían tener alguna esperanza en la ayuda de, al menos, sus fieles co-

munistas de Occidente; hoy ni siquiera eso. Pero, además, es que el curso de la invasión soviética en Afganistán lo muestra claramente. Existe práctica unanimidad en los analistas occidentales sobre la idea de que una de las mayores preocupaciones de Andropov, al hacerse con el poder, ha consistido en encontrar una fórmula para salir del avispero afgano. ¿Cabe pensar en una situación menos complicada ante cualquiera de los países europeos que pudiera invadir la URSS? Una complicación que, tal como están las cosas, podría extenderse por reacción hacia los propios países satélites.

Ningún análisis sensato establece hoy condiciones para una agresión de ese tipo. Naturalmente, cabe pensar que si —en el terreno de las hipótesis— estas condiciones se dieran, la URSS aparecería en una semana con sus tanques en la Plaza Rossio.

**La URSS necesita
de una Europa capitalista que sirva
de puente con Estados Unidos
en el traspaso
de tecnología.**

Aunque no todos los analistas están de acuerdo. Existe una interpretación de la coyuntura interna soviética que atribuye esa posibilidad —agresión en cuanto hubieran esas soñadas condiciones— sólo a los sectores más dogmáticos del aparato soviético.

Esta interpretación parte del hecho de la crisis mundial y su reflejo en la URSS. Según esa versión, hacia mediados de los setenta los dirigentes soviéticos sabían ya que su economía y su técnica no podrían acortar la amplia distancia que le separan de Occidente, sino que oteaban más bien la posibilidad de entrar en un curso de dificultades económicas, que empezarían en algunos países satélites, pero que afectarían profundamente a la URSS. En esa perspectiva, uno de los frenos a la crisis más evidente resultaba la relación comercial con Europa Occidental, un buen cliente para el gas y un elemento de renovación tecnológica dentro de la URSS.

Dicho de otro modo, la URSS necesita de una Europa capitalista que, además

de cliente directo, le sirva de puente con Estados Unidos en el traspaso de tecnología. Una política que tiene además el beneficio estratégico de introducir cuñas en la unidad europeo-norteamericana.

Y esa sería la oculta razón, que tanto se discutió en Washington, por la que los soviéticos prepararon la Conferencia de Helsinki. La necesidad de una Europa capitalista, alejada de los problemas burocráticos de la economía estatal, habría conducido al equipo centrista de Breznev hasta la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa. El resto es crónica. Los americanos fueron con reticencia, pero acabaron firmando a la vista de las posibilidades de críticas que ofrecía el Acta Final de la situación soviética. Y ese documento parecía inaugurar un cambio de las relaciones en Europa. Porque si esta interpretación es correcta, la URSS no podría liquidar la gallina europea de los huevos de oro, incluso aunque existieran condiciones para llevar a cabo la temida agresión.

Pero tal interpretación es un supuesto favorable, y, en defensa, resulta necesario estudiar el menos favorable (la URSS efectuaría la agresión si no tuviera temor a la represalia). En este caso, los contrarios al pacifismo encuentran su argumento en algo incontestable: *la asimetría política* que existe entre el Este y Occidente. El hecho de que en esos países no pueda crecer un movimiento pacifista que presione, desde una posición independiente, al Gobierno, hace que exista una descompensación en el ámbito de la opinión pública favorable a la URSS.

E inmediatamente surge la tentación de hacer comparaciones históricas: el pacifismo europeo permitió al militarismo

alemán de Hitler prepararse para el asalto de Europa, ¿podría suceder lo mismo en este caso?

Ciertamente, las condiciones políticas

y militares nada tienen que ver con aquel momento histórico (incluso habría que estudiar hasta qué punto la premisa es cierta: para Willy Brandt la causa no fue el pacifismo, sino su contrario: el militarismo incubado desde la Primera Guerra Mundial). Pero además, es que este planteamiento da por resuelto el problema que se pretende resolver: conocer el grado de la amenaza soviética.

Por otra parte, esa *asimetría política* contiene factores contradictorios en el campo de la defensa. Roy y Zores Medvedev —disidentes moderados—, en su artículo «La URSS y la carrera armamentista» (traducido en *Mientras Tanto*, n.º 12), muestran cómo no siempre la ausencia de libertades conduce ineludiblemente a posiciones agresivas. Y cómo las diferencias de sistemas, entre Estados Unidos y la URSS, en unos casos favorece el militarismo norteamericano más que el soviético. En realidad, no se entiende muy bien por qué el sistema burocrático de la URSS introduciría disfunciones en todos los órdenes de actividades menos en la defensa.

En cualquier caso, es cierto que la existencia de libertades públicas en Europa permite un movimiento pacifista que ejerce una presión sobre los gobiernos occidentales, y eso no sucede al otro lado. La cuestión consiste en saber qué riesgo implica esta consecuencia de la asimetría política. Suponiendo que el movimiento pacifista llegara a tener un peso condicionante, entonces dicho riesgo dependería de las reivindicaciones que presentara.

En este sentido, se puede examinar el abanico de propuestas que desarrolla el actual movimiento pacifista a la luz de lo dicho hasta ahora en cuanto a la corre-

lación militar de fuerzas y la situación interna de la Unión Soviética. Ciertamente, en el supuesto que estamos trabajando, un desarme profundo de Europa Occiden-

**La amenaza soviética
no depende
directamente
de su supremacía
militar.**

tal sin contrapartidas en el Pacto de Varsovia incrementaría las tentaciones agresivas en ciertos sectores del Kremlin. Es decir, en el supuesto de que la URSS estu-

El pacifismo occidental ha de plantear similares exigencias respecto de la URSS, incluyendo el respeto a las libertades políticas.

viera dispuesta a invadir Europa si existieran condiciones para ello, el desarme unilateral constituiría —si excluimos razones propagandísticas— un grave riesgo para el Occidente europeo, siempre que rechacemos la posición derrotista del pacifismo (mejor soviéticos que muertos) que comentaba al principio.

Sin embargo, otras reivindicaciones podrían suponer riesgos calculados. De acuerdo con la paridad general que se reconoce existe en el ámbito nuclear, la consigna pacifista «*Por una Europa libre de misiles nucleares*», referida a los misiles de teatro, supone un riesgo absorbible en términos globales por cuanto no rompe brutalmente los equilibrios (o, si se quiere, mantiene los desequilibrios relativos) y consigue, en un sentido opuesto, poner un freno significativo a la carrera de armamentos. Dicho de otra forma, estaríamos ante la posibilidad de operar con un riesgo calculado: sería cierto que la asimetría política implica que esa reivindicación (no instalación de euromisiles americanos) podría hacerse realidad en Europa Occidental y no sucedería lo mismo (eliminación de los SS-20) en la Europa del Este. No es exagerado imaginar que, de todas formas, la presión del movimiento pacifista en Occidente tendría un reflejo en la Unión Soviética, que muy probablemente optaría por reducir el número de sus misiles de teatro. Pero, incluso si esto no fuera así, la no instalación de los euromisiles americanos sería una opción que invertiría la tendencia hacia el armamentismo y dejaría a la URSS sin legitimidad alguna.

El riesgo que implica esta posición es, en todo caso, mucho menor que el que supone la respuesta que los soviéticos darán —aunque sea por prestigio político— a la instalación de los euromisiles. En su

artículo «Las contramedidas que prepara la URSS» (*El País*, 16 de octubre de 1983), el general Kilikov, comandante en jefe de las fuerzas conjuntas del Pacto de Varso-

via, advierte que «*se desplegarán ingenios nucleares complementarios para contrapesar el creciente potencial nuclear de la OTAN en Europa, y se tomarán las pertinentes contramedidas extensibles al territorio de Estados Unidos. Igualmente nos preocuparemos de desarrollar y perfeccionar las fuerzas aliadas de los Estados signatarios del Pacto de Varsovia para adecuarlas al nuevo carácter de los aprestos bélicos de la OTAN y contrarrestar la amenaza que surja*». En breve, una vuelta más a la espiral armamentista.

Las últimas informaciones que se poseen sobre la coyuntura interna soviética apuntan hacia una exacerbación de las tendencias en pugna. Por un lado, la acentuación de la crisis económica obliga a planteamientos más nítidos: Andropov tiene que modernizar y flexibilizar la economía soviética sin lastres tan pesados como el que supondría esa aceleración en la carrera de armamentos. Indudablemente, la salida económica hacia Europa Occidental no resuelve sus problemas pero ayuda de forma importante a ello. Sin embargo, para los sectores duros —con apoyos en el ámbito militar— la Unión Soviética está colocada ante un pulso que tiene que ganar por sí misma. Por razones de hegemonía, debe mostrar a Occidente que resuelve sus problemas económicos y responde en el terreno militar en la medida que lo exija su seguridad. ¿Es necesario argumentar que la amenaza soviética se reduce dando salidas a la primera opción?

Conclusiones

La amenaza soviética no procede directamente de su supremacía militar. De hecho, es difícil probar que tal supremacía existe, incluso en el terreno convencional.

La amenaza soviética sobre Europa procede, sobre todo, de la constitución de la URSS en tanto gran potencia, y depende fundamentalmente de factores geopolíticos, en directa relación con la competencia entre la URSS y Estados Unidos. El comportamiento de su política exterior muestra una aceptación del acuerdo de Yalta en los ámbitos que a este compete, y una actuación en los restantes con un índice de agresividad comparable al de la otra gran potencia.

La amenaza sobre Europa ha evolucionado desde Stalin, aunque los factores geopolíticos siguen haciendo de Europa el rehén frente a Estados Unidos. Es muy difícil reconocer con claridad si, ante la coyuntura de crisis que afronta la URSS, la salida hacia Europa Occidental hace que la URSS necesite una Europa capitalista mucho más que una Europa bajo su sistema político. En todo caso, es comparable que las amenazas —al menos de-

claratorias— aumentan en períodos de tensión y rebipolarización, y disminuyen en fases de distensión.

Existe el espacio para una política pacifista que, teniendo en cuenta la asimetría política, proponga medidas que impliquen un riesgo asumible en cuanto a los equilibrios inmediatos y constituyan un poderoso freno de la carrera armamentista. Ello significaría una contribución a las políticas de distensión y, por tanto, una disminución del nivel de la amenaza soviética sobre Europa. Pero tener en cuenta la simetría política supone que el pacifismo Occidental ha de plantear similares exigencias respecto a la Unión Soviética, incluidas las que hacen referencia al respecto de las libertades políticas. Aunque sólo sea por un problema de honradez intelectual, he de decir que no logro ver, con estos parámetros, cuál puede ser el espacio para una política de desarme unilateral.